

republicano. Lo redacta Dana, hombre muy notable como escritor y muy bien aceptado entre las personas de valer.

El Sr. Dana es hombre independiente, incapaz de vender sus opiniones por ningun dinero; aunque, segun sus adversarios, es muy apasionado.

El World.—Demócrata.

The Tribune.—Republicano. Fué el periódico establecido y dirigido por Greely. Este periódico ha perdido mucho de su antigua reputación de independencia.

Haciendo un resúmen del Directorio de periódicos que se acaba de publicar, resultan en los Estados-Unidos:

738—periódicos diarios.

70—tres veces por semana.

121—dos veces por semana.

6,235—semanales.

33—cada dos semanas.

105—quincenales.

747—mensuales.

13—bimestrales.

67—trimestrales.

8,129.—Total: que son, 1,308,459 publicaciones cada año, de las que se tiran millares de ejemplares.



IX

Castle Garden.—Su historia.—Su estado actual.—Colonizacion.—Inmigracion.—Fonda y nevería de Bigot.—Otra vez la Colonizacion.—Venta de tierras.—El Ministro Shurtz.—Instrucciones.—D. Andrés Aznar.—New-York del lado del Este.—Bancos.—Sociedades de seguros.—Woll Street.—Operaciones de Banco.—Clearing-house.—Cajas de ahorros.—Edificios de la Aduana.—La Tesorería.

DESDE el día de mi laborioso ascenso á la torre de la Trinidad, al describir la bahía, quise detenerme en la pintura de una masa de piedra circular que como que llega á tierra y parece aún flotando sobre las aguas.

La rotonda á que me refiero, como es una construccion única en su clase, se singulariza extraordinariamente, y por lo primero que se pregunta es por *Castle Garden*.

En los alrededores de ese edificio estuvo en un tiempo la

insegura muralla que ceñía y resguardaba la desconocida isla de *Manhattam*.

Allí paseaban fumando sus pipas los gravadosos holandeses, admirando las piezas de á treinta y dos, que era entonces como la última palabra del arte de la guerra.

Corrieron los tiempos: el prado en que se solazaban los ganados primitivamente y despues pasearon los hombres, comenzó á poblarse, y un dia, dejando su aspecto marcial, se trasformó la insuficiente fortaleza en el templo de Apolo, y aquello fué un primor.

La Jenny Lind, Mario, la Grisi sobre todos, regaron con sus conciertos populares el aroma delicioso del buen gusto desde aquel sitio; pero hostigado al fin el padre Apolo de los calores, de los mosquitos y de cada ventisco que lo tenía sin sacar las narices por semanas enteras, abandonó su templo y lo ocuparon los primeros que llegaban á tierra. De este modo la coraza de Marte y la lira de Apolo, fueron suplantados por el baston y el saco de viaje del emigrante.

Ni por esas levantó cabeza *Castle Garden*: quedaron silenciosos sus muros, la basura le vistió como harapos de miseria, y la soledad se sentó, como Job, casi á maldecir el dia en que el castillo vió la luz.

Un dia, al fin, sonó la hora de la resurreccion, se barrieron las basuras, se trazaron verjeles, se abrieron amplias calles, brotaron del suelo árboles de pomposo follaje y frescas sombras, y *Castle Garden*, afeitado, vestido de limpio, alegre y con sombrero en mano, se adelantó á la orilla del mar á recibir á los emigrantes, como persona que sabe hacer con toda pulcritud los honores de la casa.

Hoy *Castle Garden* es una oficina anexa á las empresas de colonizacion.

Pero el parque lindísimo á que afluyen las avenidas todas, como un receptáculo de muchas aguas, para distribuirse en los muchos muelles que conducen al mar y son como pórticos de la bahía, y el parque contiguo á la batería que le sigue, sin más division que una calle, son bellos de belleza indescribible. Colocado el espectador al extremo y principio á la vez de la calle de Broadway, se encuentra al frente de un inspirado panorama. A su frente, y por entre las tupidas ramas de los árboles, se perciben las grandes calzadas con sus orlas de asientos y los prados en que los niños juegan, entre el tragin de carros, ómnibus y wagones. Si levanta la vista el espectador, casi le espanta ver atravesar fantásticos, perderse entre las copas de los árboles y desaparecer, los trenes del ferrocarril elevado sobre sus arcos, por donde cruzan los carruajes y entre cuyos ojos se descubre el mar con sus navíos, su bosque de mástiles, sus mil banderas agitándose, como si fueran congregadas á un festin divino todas las naciones del globo.

El rodar de los trenes y carros, los mugidos del vapor, los gritos del hombre, las explosiones de alegría del niño, todo se escucha, y se ve un todo en que los colores y las formas, y la luz, y el aire, se funden para producir sensaciones desconocidas é inexplicables.

Y aquella sensacion la nutrimos, porque vive en nosotros y nosotros vivimos de ella en comunión deliciosa, como se agita la última hoja del árbol con una brisa pura, como se refrigera el último de nuestros poros en un baño voluptuoso.

Castle Garden está ceñido de una pared exterior como una faja. Su entrada ve al Este.

Atravesamos un patio estrecho, penetramos por encrucijadas y salones en que había gente escribiendo, y desde una puerta que da á una empinada escalera, pudimos abrazar la inmensa sala circular, cuyo exterior llama tanto la atención del viajero.

El salón tiene el aspecto de una inmensa plaza de gallos, sin circo ó estadio en el centro. Al Oriente y al Occidente hay puertas: la una da á los parques por donde llegamos; la otra al muelle en que desembarcan los emigrantes y tiene al lado las oficinas de la Aduana.

Al frente de la comunicación de tierra hay oficinas telegráficas y de despachos de ferrocarriles, unidas á un gran mostrador de muchas varas en forma de martillo, que es el despacho de los emigrantes. Frente al mostrador hay una cantina y á su inmediación bancas.

Cruzan las alturas las cañerías del gas. El muelle es un tablado que toca en las olas, bajo una sombra de lona que protege á los empleados y á los amigos de los viajeros. Estos, á su entrada al edificio, toman á la izquierda y la puerta se cierra, quedando como toril la parte interior del edificio, y sin comunicación los que están con los que llegan, hasta que no han llenado todas las formalidades del desembarque.

Yo me quedé mucho tiempo en el muelle, esperando la llegada de unos Mormones. Era de verse y trabar conocimiento con esos chicos, á quienes toca la fortuna ó desdicha de tener cinco hembras por barba.

Muchos participaban de mi curiosidad. Esperamos en

vano. En vez de Mormones llegaron unos cientos de austriacos.

Era aquel un enjambre de rostros patibularios, y trapos y sombreros como llovidos sobre sus cuerpos.

Casi todos traían consigo algún signo de su trabajo, como quien presenta ante todo su título social, y como quien no quiere desprenderse de su áncora de salvación.

Una mujer, bajo su pañolón de lana, llevaba la parte superior de su máquina de coser; aquel atleta medio azorado blandía su serrucho; la joven tímida tenía su cajita de pinturas; aquel caravanista de cachucha de lienzo llevaba colgado del brazo su violín; aquella especie de bueyes de sombrero de fieltro eran labradores.... y ¡oh nación feliz! ninguno de aquellos llevaba negocio de papeles con el Gobierno!

La mayor parte de los emigrantes, luego que se inscribieron en el registro que estaba en un mostrador, pasaron á otro en que se expedían boletas de ferrocarril.

La inmigración ha sido una de las causas más poderosas del engrandecimiento sorprendente de esta nación.

Estímulo eficaz del trabajo, medio rápido de educación por el ejemplo, renovación perpétua de la savia popular y expresión la más pura de la riqueza, porque el hombre es una riqueza, sin duda la de más valía. Los americanos han prestado la más seria atención á esta fuente de prosperidad nacional.

La Irlanda con su opresión y su pobreza; la Inglaterra con el cáncer de su pauperismo; la Alemania con su despotismo militar, son las naciones que han dado más fecundas creces á la inmigración americana.

La audacia y el espíritu aventurero del colono; la desa-

paricion de razas opresoras; el espectáculo de colonos que llegaron en sus mismas condiciones y se encuentran en la cumbre de la fortuna, y participando del poder y el encuentro con gentes que poseen su idioma, tienen sus tradiciones y les abren paso para su establecimiento, sobre todo las garantías que rodean sus personas y trabajo, incentivos son estos capaces por sí mismos de atraer al inmigrante; pero, en mi juicio, hay otras causas que les sirven, á más de las enumeradas, de poderosos alicientes.

La expectativa del ingreso á una sociedad en que pueden figurar en todos los círculos, sin otro título que la posición que se procuren; una remuneración del trabajo que no alcanzarían en sus países, en que el salario es tan mezquino en relación con sus necesidades; un mercado próximo y abierto siempre á la realización del esfuerzo humano, y una facilidad suma de comunicarse con el suelo que los vio nacer, son motivos, en mi juicio, que independientes del pábulo oficial, asimilan día por día elementos á la nación que consolidan, y extienden su prosperidad.

La sola inmigración irlandesa de 1846 á la fecha, se calcula en dos millones de almas.

En 1869, llegaron de Alemania 132,537; 60,286 de la Gran Bretaña; 64,938 de Irlanda; 24,224 de Suecia; 20,918 de la América Septentrional inglesa; 16,068 de Noruega; 12,874 de China; 3,879 de Francia; 3,650 de Suiza; 3,649 de Dinamarca.

De estos inmigrantes fueron: 88,649 obreros; 28,096 labradores; 16,553 artesanos; 10,265 sirvientes; 8,809 mercaderes, etc., etc.

La inmigración se ha verificado en los términos que va-

mos á exponer, suponiendo un contingente en cualquiera de los años anteriores, de 345,837 emigrantes:

Nueva-York	253,754
Michigan	35,586
Boston	23,294
San Francisco	13,490
Baltimore	11,202
Portland	4,026
Nueva Orleans	3,424
Filadelfia.....	1,061
	345,837

El reparto sigue invariablemente la proporción de la demanda de brazos, y la facilidad del transporte distribuye los elementos de vivificación donde son más necesarios.

El pasado año fiscal disminuyeron en mucho los emigrantes, atribuyéndose á repulsión por el mal estado de los negocios, que sufren indudablemente una crisis en su conjunto.

La inmigración ha hecho tan sensibles sus beneficios, que un sentimiento unánime la acoge con benevolencia, porque realmente, con especialidad en Nueva-York, se arriba á un país de extranjeros; pero los muchos que se encuentran en una misma situación, se buscan, se agrupan, se estrechan, revisten con la poesía de los recuerdos sus costumbres, se congregan al rededor del templo y se señalan como puntos luminosos en los paseos y en los teatros.

La conveniencia de la especulación rodea al extranjero de medios de comunicarse; en los establecimientos públicos

se habla frances con generalidad; los sirvientes que saben dos ó tres idiomas tienen más pingües salarios que los otros; en varias peluquerías y tiendas está escrito en letras muy perceptibles: *Se habla español*, y no es raro que al entrar uno en una tienda, le saluden con un *buenas noches* que lo deja frio, para dar á entender el comerciante que conoce el idioma de Cervantes.

A pesar de la confusion descrita, por regla general, las mujeres y señoras europeas son las que reniegan más desvergonzadamente á su nacionalidad.

El trage largo y escurrido con profusa cola, el zapatazo con tacon agudo, el corsé tiránico, el gorrito retrechero, el portamoneda, el pañuelo abajo del cuadril en la bolsa especial del túnico, la sombrilla, todos los adminículos son objeto de su eleccion, y á los ocho dias ya le dice una europea, no inglesa, *kandeschifer* al pañuelo, *guater* al agua; pero en esta apostasia de la patria, la vieja se señala con una desfachatez que enferma los nervios, y más la vieja de raza española.

Es para ella tan inesperado el agasajo, le es tan extraña la compostura, el aprovechamiento de los despojos de su olvidada juventud le es tan simpático, que realmente se vuelve loca, se hace la mocozueta, se habilita de dientes en un decir "Jesus," se tiñe las canas en ménos que canta un gallo, se afila las uñas, se da colorette, se planta un gorro como un morrion, y se alista á correr la tuna como una polluela de quince años, diciendo á todo: *yes*, entre toses y sonrisas.

El hombre se obstina en sus hábitos, y si es español anda en el Parque ó en Broadway, lo propio que en cualquiera calle de Madrid ó de Sevilla, diciendo cada picardía que eriza

los cabellos y sintiendo que todas aquellas *ladies* se condenen porque no conocen la gracia de Dios.

El italiano que tiene el monopolio de las frutas, conserva su tipo miétras está en la miseria, vaga con su organito, sus arpas y violines, exhala sus cantos y riega á veces por estos mundos los suspiros de su lengua dulcísima.

El chino suele atravesar tambien, deleitándose. Y el alemán perseverante, *que es la araña de la mosca del yankee*, fuma su pipa y se ríe con sorna cuando ve que el yankee, muy de buena fé, lo cree sustituyendo al negro.

La irlandesa sirvienta conserva tambien su tipo miétras no tiene un chico, señal infalible de que ya posee un marido, un capital y toda la gracia de San Patricio.

La constante concurrencia de extranjeros, hace en Nueva-York no solo muy difícil, sino casi imposible, el estudio de las costumbres americanas, entre otras cosas, porque no existen tales costumbres: los mismos americanos que han viajado por Europa, y de éstos hay muchos, han modificado sus costumbres.

Lo más característico en lo ostensible es la comida americana; el escaso mantel ó mantel de hule, el ejército de platos, que de un tiron nos invaden con maíces, papas sin pelar, trozos de toro, cebollas, perejiles y rábanos, el pichel de la melaza, negreando de moscas, el jarron con agua, del aspecto de un párvulo de cuatro años en camisa, y el movimiento perpétuo del *convoy* que riega el vinagre, despolvorea pimienta como lumbre y tiene por escolta todo un botiquin de mostazas, *pikles* y salsas negras, confeccionadas con cardenillo y aguarrás.

Ese es el *plan americano*; pero en semejantes planes en-